

sus méritos y condiciones. Algo y aun algos á veces se transparentaba del antecedente de la tabla de carne; pero la cortesía de todos, el tufillo democrático de algunos tertuliantes, y más que nada, la finura, corrección y caballerosidad de Peña, ponían las cosas en buen terreno. ¡Cosa rara!; el que más parecía estimarnos á Peña y á mí era el cínico Cimarra, despreocupadísimo, apasionado, según decía, de la gente que vale. Era de estos que se burlan del saber y admiran á los que saben. Pero no me gustó que el mismo Cimarra fuese quien por primera vez dió en llamar á mi discípulo *Peñita*, diminutivo que le quedó fijo y estampado, y que, digan lo que quieran, siempre lleva en sí algo de desdén.

José María pasaba el día rumiando lo que por la noche se había dicho en la tertulia, y no se ocupaba más que de fortificar sus ideas y de organizarlas de modo que estuvieran conformes con el credo del partido.

«¿Qué te parece el partido?» —me preguntaba con frecuencia.

Y yo le respondía que el partido era el mejor que hasta la fecha se había visto. A lo que él decía: «Yo quisiera que se organizase á lo inglés..., porque esto es lo verdaderamente práctico, ¿eh? Es verdaderamente lamentable que aquí no estudie nadie la política inglesa y que vivamos en un tejer y destejer verdaderamente estéril.»

Yo le oía, y, alabando á Dios, le daba cuerda para que siguiese adelante en sus apreciaciones y me mostrase, como asunto de estudio, la asombrosa variedad de las manías humanas.

Volviendo alguna vez los ojos á los asuntos de su casa y de sus hijos, me decía:

«Bueno será que des una vuelta por el cuarto de los chicos, ¿eh?... á ver qué tal se porta esa institutriz verdaderamente notable.»

Yo lo hacía de muy buen grado. Iba por un rato, y sin darme cuenta de ello me pasaba allí un par de horas, inspeccionando las lecciones y contemplando como un tonto á la maestra, cuya belleza, talento y sobriedad me agradaban en extremo.

XIII

Siempre era pálida.

Tan pálida como en su niñez, de buen talle, muy esbelta, delgada de cintura, de lo demás proporcionadísima en todos sus contornos, admirable de forma, y con un aire... Sin ser belleza de primer orden, agradaba probablemente á cuantos la veían, y con seguridad me agradaba á mí, y aun me encantaba un poquillo, para decirlo de una vez. Bien se podían poner reparos á sus facciones; pero, ¿qué rígido profesor de Estética se atrevería á criticar su expresión, aquella superficie temblorosa del alma, que se veía en toda ella y en ninguna parte de ella, siempre y nunca, en los ojos y en el eco de la voz, donde estaba y donde no estaba, aquel viso del aire en derredor suyo, aquel hueco que dejaba cuando partía?... Era, hablando más llanamente, todo lo que en ella revelaba el contento de la propia suerte, la serenidad y temple del ánimo. Formando como el núcleo de todos estos

modos de expresión, veía yo su conciencia pura y la rectitud de sus principios morales. La persona tiene su fondo y su estilo; aquél se ve en el carácter y en las acciones, éste se observa no sólo en el lenguaje, sino en los modales, en el vestir. El traje de Irene era correcto, de moda y sin afectación, de una sencillez y limpieza que triunfarían de la crítica más rebuscona.

Desde mis primeras visitas de inspección, sorprendiome el sensato juicio de la maestra, su exacto golpe de vista para apreciar las cosas de esta vida, y poner á respetuosa distancia las que son de otra. Su aplomo declaraba una naturaleza superior compuesta de maravillosos equilibrios. Parecía una mujer del Norte, nacida y criada lejos de nuestro enervante clima y de este dañino ambiente moral.

Desde que los chicos se dormían, Irene se retiraba á la habitación que Lica le había destinado en la casa, y nadie volvía á verla hasta el día siguiente muy temprano. Por la mulata supe que parte de aquellas horas de la noche las empleaba en arreglar sus cosas y en reparar sus vestidos; de aquí que su persona se mantuviera siempre en aquel estado de compostura y aseo, que la realzaba del mismo modo que un cielo puro y diáfano realza un bello paisaje. Su honrada pobreza la obligaba á esto, y en verdad, ¿qué mejor escuela para llegar á la perfección? Este detalle me cautivaba y fué, con el trato, grande motivo de la admiración que despertó en mí.

Otro encanto. Tenía finísimo tacto para tratar á los niños, que aunque de buena índole, eran, antes de caer en sus manos, voluntariosos, díscolos, y estaban llenos de los más feos res-

bios. ¿Cómo llegó á domar á aquellas tres fiercitas? Con su penetración hizo milagros, con su innata sabiduría de las condiciones de la infancia. Los pequeños, jamás castigados por ella corporalmente, la querían con delirio. La persuasión, la paciencia, la dulzura eran frutos naturales de aquella alma privilegiada.

Un día que hablábamos de varias cosas, concluída la lección, traje á la memoria los tiempos en que Irene iba á mi casa. Me parecía verla aún garabateando en mi mesa y revolviéndome libros y cuartillas. Pues aunque no hice mención de los infaustos papelitos de doña Cándida, este recuerdo fué muy poco agradable á la maestra. Lo conocí, y varié al punto la conversación.

Había yo cometido la torpeza de lastimar su dignidad, que aun debía resentirse de las crueles heridas hechas en ella por la degradación postulante de su tía, por las escaseces de ambas y por el hambre de la pobre niña, mal calzada y peor vestida.

Más encantos. Noté que la imaginación tenía en ella lugar secundario. Su claro juicio sabía descartar las cosas triviales y de relumbrón, y no se pagaba de fantasmagorías como la mayor parte de las hembras. ¿Consistía esto en cualidades originales, ó en las enseñanzas de la desgracia? Creo que en ambas cosas. Rara vez sorprendí en sus palabras el entusiasmo, y éste era siempre por cosas grandes, serias y nobles. He aquí la mujer perfecta, la mujer positiva, la mujer razón, contrapuesta á la mujer frivolidad, á la mujer capricho. Me encontraba en la situación de aquel que después de vagar solitario por desamparados y negros abismos, tropieza con

una mina de oro, plata ó piedras preciosas y se figura que la Naturaleza ha guardado aquel tesoro para que él lo goce, y lo coge, y á la calladita se lo lleva á su casa; primero lo disfruta y aprecia á solas; después publica su hallazgo para que todo el mundo lo alabe y sea motivo de general maravilla y contento. Y de esta situación mía nacieron pensamientos varios que á mí mismo me sorprendían poniéndome como fuera de mí y haciéndome como diferente de mí mismo, en términos que noté un brioso movimiento en mi voluntad, la cual se encabritó (no hallo otra palabra) como corcel no domado, y esparció por todo mi ser impulsos semejantes á los que en otro orden resultan de la plétora sanguínea, y...

XIV

¿Pero cómo, Dios mío, nació en mi aquel propósito?

¿Nació del sentimiento ó de la razón? Hoy mismo no lo sé, aunque trato de sondear el problema, ayudado de la serenidad de espíritu de que disfruto en este momento.

«Esta joven es un tesoro» — dije á mi hermano y á Lica, que estaban muy contentos con los progresos de las niñas.

En los días buenos, Irene y las tres criaturas salían á paseo. Yo cuidaba mucho de que no se alterara aquella costumbre, recomendada por la higiene, y me agregaba á tan buena compañía las más de las tardes, unas veces porque hacía propósito de ello, otras porque las encontraba

(no sé si casualmente) en la calle. Estas casualidades ocurrían con orden tan infalible, que dejaron de serlo. Hablando con Irene pude observar que no era mujer con pretensiones de sabia, sino que poseía la cultura apropiada á su sexo y superior indisputablemente á toda la que pudieran mostrar las mujeres de nuestro tiempo. Tenía rudimentos de algunas ciencias, y siempre que hablaba de cosas de estudio lo hacía con tanto tino, que más se la admiraba por lo que no quería saber que por lo que no ignoraba.

Nuestras conversaciones en aquellos gratos paseos eran de asuntos generales, de aficiones, de gustos y á veces del grado de instrucción que se debe dar á las mujeres. Conformándose con mi opinión y apartándose del dictamen de tanto propagandista indigesto, manifestando antipatía á la sabiduría facultativa de las mujeres y á que anduviese en faldas el ejercicio de las profesiones propias del hombre; pero al mismo tiempo vituperaba la ignorancia, superstición y atraso en que viven la mayor parte de las españolas, de lo que tanto ella como yo deducíamos que el toque está en hallar un buen término medio.

Y á medida que me iba mostrando su interior riquísimo, encontraba yo mayor consonancia y parentesco entre su alma y la mía. No le gustaban los toros, y aborrecía todo lo que tuviera visos de cosa chulesca. Era profunda y elevadamente religiosa; pero no rezona, ni gustaba de pasar más de un rato en las iglesias. Adoraba las bellas artes y se dolía de no tener aptitud para cultivarlas. Tenía afanes de decorar bien el recinto donde viviese y de labrarse el agradable y cómodo rincón doméstico que los ingleses llaman *home*. Sabía poner á raya el sentiment-

lismo huero que desnaturaliza las cosas y evocar el sano criterio para juzgarlas, pesarlas y medirlas como realmente son.

Cuando hubo adquirido más franqueza, me contaba algunas anécdotas de doña Cándida, que me hacían morir de risa. Comprendí cuánto debió sufrir la pobre joven en compañía de persona tan contraria á su natural recto y á sus gustos delicados. Confianza tras confianza, fué contándome poco á poco, en sucesivos paseos y sesiones interesantes, cosas de su infancia y por menores mil, que así revelaban su talento como su exquisita sensibilidad.

Y en esto se echaron encima las Pascuas. Lica había dado á luz el 15 de diciembre un enteco niño de quien fuí padrino y á quien pusimos por nombre Máximo. Mi hermano, gozoso del crecimiento de la familia, se extremó tanto en dar propinas y en hacer regalos, que yo estaba asustado y le aconsejé que se refrenara, porque los excesos de su liberalidad tocaban ya en el mal gusto. Pero él, con tal de oír las manifestaciones de gratitud y de que se alabara su desprendimiento, no vacilaba en exprimir sus bolsillos. Aquellos días hubo en casa una reunión magna de la *Sociedad para socorro de los inválidos de la industria*, y se nombraron no sé cuántas comisiones y subcomisiones, las cuales eligieron sus respectivas ponencias para emitir pronto y luminoso dictamen sobre los gravísimos puntos de doctrina y de aplicación que se habían de tratar. ¡Bienaventurados obreros, y qué felices iban á ser cuando aquella máquina, todavía no armada, echase á andar, llenando á España con su admirable movimiento y esparciendo rayos de beneficencia por todas partes!

Las tardes de la semana de Navidad, que para algunos es tan alegre y para mí ha sido siempre muy sosa, las pasábamos acompañando á Lica. Doña Cándida no faltaba nunca, y demostraba á mi cuñada y á su niño una ternura idolátrica, cuya última nota era quedarse á comer. La admiración tácita de Calígula por el cocinero de la casa, si discreta, no era nada platónica.

Una tarde se les antojó á los chicos ir al teatro, y como el de Martín está tan cerca y daban *El Nacimiento del Hijo de Dios* y *La Degollación de los Inocentes*, tomé un palco y nos fuimos allá Irene, yo y la familia menuda. Chita, que se dispuso á ir también y llegó hasta la escalera con un sombrero tan grande que no se le veía la cara, se volvió adentro porque se sentía muy *fluxionada*. Yo estaba alegre aquella tarde, y el aspecto del teatro, poblado de criaturas de todas edades y sexos, aumentaba mi regocijo, el cual no sé si provenía de una recóndita admiración de la fecundidad y aumento de la especie humana. Hacía bastante calor allí dentro, y las estrechas galerías, donde tanta gente se acomodaba, parecían guirnaldas de cabezas humanas, entre las cuales descollaban las de los chiquillos. No he visto algazara como aquella; arriba uno pedía la teta, abajo berraqueaba otro, y en palcos y butacas las pataditas, el palmoteo y aquel continuo mover de caras producían confusión, mareo y como un principio de demencia. Las luces rojizas del gas daban á aquel recinto, donde hervían ardientes apetitos de emociones, y tanta bulliciosa y febril impaciencia, no sé qué graciosa similitud con calderas infernales ó con un infiernito de juego y miniatura, impro-

visado en el Limbo en una tarde de Carnaval.

Mucho terror causó á Pepito María ver salir al demonio luego que se alzó el telón. Era el más feo mamarracho que he visto en mi vida. El pobre niño escondía su cara para no verlo; sus hermanitas se reían, y él, excitado por todos para que perdiese el miedo, no se aventuraba más que á entreabrir un poquito de un ojo, hasta que, viendo los horribles cuernos del actor que hacía de demonio, volvíalo á cerrar, y pedía que le sacaran de allí. Felizmente, la salida de un ángel, armado de lanza y escudo, que con cuatro palabras supo acoquinar al diablo y darle media docena de patadas, tranquilizó á Pepito, el cual se animó mucho oyendo las exclamaciones de contento que de todos los puntos del teatro salían.

A medida que adelantaba la exposición del drama, Irene y yo nos admirábamos de que tan serio asunto, poético y respetable, se pusiera en indecente farsa. Sale allí un templo con la ceremonia del casamiento de la Virgen, que es lo que hay que ver y oír. El sacerdote, envuelto en una sábana con tiras de papel dorado, tenía todo el empaque de un mozo de cuerda que acababa de llegar de la esquina próxima. Vimos á San José, representado por un comiquejo de estos que lucen en los sainetes, y que allí era más ridículo por la enfática gravedad que quería dar al tipo incoloro y poco teatral del esposo de María; vimos á ésta, que era una actriz de fisonomía graciosa, con más de maja que de señora, y que se esforzaba en poner cara inocente y dulzona. Vestida impropriamente, no podía acomodar su desfigurado talle de modo que desapareciesen los indicios de próxima ma-

ternidad. Pero lo más repugnante de aquella farsa increíble era un pastor zafio y bestial, pretendiente á la mano de María, y que en la escena del templo y en el resto de la obra se permitía groseras libertades de lenguaje á propósito de la mansedumbre de San José. Irene opinaba, como yo, que tales espectáculos no deben permitirse, y hacía consideraciones bien tristes sobre los sentimientos religiosos de un pueblo que semejantes caricaturas tolera y aplaude.

Esto me llevó á decir algo del teatro en general, de su convencionalismo, de las falsedades que le informan, y hablaba de esto porque no se me ocurría la manera de introducir en la conversación otros temas más en armonía con el estado de mis sentimientos. Yo buscaba fórmulas de transición y hallaba en mí increíble torpeza. Creo que el calor, el bullicio de los entre actos y el tedio de aquel sacrilego sainetón ponían en mi mente un aturdimiento espantoso. No sé qué fatal y desconocida fuerza me llevaba á no poder tratar más que asuntos comunes, desabridos y áridos, como una lección de mi cátedra. La misma belleza y gracia de Irene, lejos de espolearme, ponía como un sello en mi boca, y en todo mi espíritu no sé qué misteriosas ligaduras.

Ignoro cómo rodó la conversación á cosas y hechos de su infancia. Irene me habló de su padre, que fué caballerizo; recordaba vagamente su uniforme con bordados, una pechera roja, un tricornio sobre una cara que se inclinaba hacia ella, chiquitita, para darle besos. Recordaba que en los albores de su conocimiento todo respiraba junto á ella profundo respeto hacia la Casa Real. Una tía suya paterna, más humana

que doña Cándida, la amaba entrañablemente. Esta señora recibía una pensión de la Casa Real, porque su esposo, sus padres, abuelos y tatarabuelos habían sido también caballerizos, sumilleres, guardamangieres ó no sé qué. El entusiasmo de esta señora por la regia familia era una idolatría. Cuando sobrevino la revolución del 68, la tía de Irene perdió la pensión y el juicio, porque se volvió loca de pena, y al poco tiempo murió, dejando á su tierna sobrina en las garras de doña Cándida.

Verdaderamente, estas cosas tenían para mí un interés secundario, y más cuando mi espíritu se atormentaba con la idea de una urgente manifestación de sentimientos. Por natural simpatía, mi cabeza se asimilaba y hacía suyo aquel estado de congoja moral, y empezaba á molestarme con una obstrucción dolorosa. Y permanecí callado en un ángulo del palco, mientras los chicos miraban embobecidos el cuadro de la Anunciación, el del Empadronamiento y el viaje á Belén. Irene conoció en mi silencio que me dolía la cabeza, y me dijo que saliendo un poquito á la calle para que me diera el aire se me quitaría.

Pero no quise salir, y durante el segundo entreacto hablamos..., ¿de qué?; pues del caballerizo, de la tía de Irene, que padecía jaqueca de tres días, con vómito, delirio y síncope. Poco después, alzado otra vez el telón, vimos el monte, la cascada de agua natural, que caía de lo alto del escenario y escurría entre hojalata; los pastores y el rebaño vivo; compuesto de una docena de blancos borregos. En aquel momento parecía que se iba á hundir el teatro; tan loco entusiasmo suscitaban los chorros de agua y los

corderos. Yo, como artista, consideraba la índole de unos tiempos en que se hacen zarzuelas del Nuevo Testamento, y luego, mientras se presentaba á los admirados ojos de la chiquillería, de las criadas y nodrizas el bonito cuadro del Portal, dejéme ir á un orden de juicios que no eran totalmente distintos de los anteriores. Viendo en caricatura los hechos más sagrados y puesto en farsa lo que la religión llama misterio para hacerlo más respetable, se despertó en mí un prurito de crítica que, en cierto modo, no dejaba de relacionarse con el pícaro dolor de cabeza, pues parecía que éste lo estimulaba, dando á mi criterio pesimista la agudeza de aquel filo que me cortaba el cráneo. Y lo más raro fué que mi crítica implacable se cebaba en aquello que más admiraban mis ojos y que á mi espíritu traía tan risueñas esperanzas. Sin duda aquel feo demonio que tanto había asustado á Pepito se metió en mí, porque yo no cesaba de contemplar á Irene, no para saciarme en la vista de sus perfecciones, sino para buscarle defectos y encontrárselos en gran número, que esto era lo más grave. Su nariz me parecía de una incorrección escandalosa, sus cejas demasiado tenues no permitían que luciera bastante la proyección melancólica de sus ojos. ¿No era su boca quizás ó sin quizás más grande de lo conveniente? Luego dejaba correr mi despiadada regla por el cuello abajo, y encontraba que en tal ó cual parte hacía el vestido demasiados pliegues, que el corsé no acusaba perfiles estéticos, que la cintura se doblaba más de lo regular, y al mismo tiempo, no había en su traje un corte muy esmerado, y sus guantes tenían una roturilla, y sus orejas estaban demasiado rojas, no sé si por el calor, y su som-

brero era deforme, y sus cabellos... Pero ¿a qué seguir? Mi cruel observación no perdonaba nada, perseguía los defectos hasta en las regiones menos visibles, y al hallarlos, cierta complacencia impía daba descanso á mi espíritu y alivio á mi dolor de cabeza... ¡Tontería grande aquel trabajo mío, y cómo me reí de él más tarde! ¡Ni qué cosa humana habrá que á tal análisis resista! Pero es una desdicha conocer el amargo placer de la crítica y ser llevado por impulsos de la mente á deshojar la misma flor que admiramos. Vale más ser niño y mirar con loco asombro las imperfecciones de un rudo juguete, ó sentar plaza para siempre en la infantería del vulgo. Esto me lleva á sospechar si el ideal estético será puro convencionalismo, nacido de la finitud ó determinación individual, y si tendrán razón los tontos al reirse de nosotros, ó lo que es lo mismo, si los tontos serán en definitiva los discretos.

«¡Pobrecito Máximo! — me dijo de improviso Irene, en el momento que caía el telón—. ¿No se alivia esa cabeza?»

Estas palabras me hicieron el efecto de un disciplinazo. Diríase que me habían despertado de un letargo. La miré, parecióme entonces tan acabada como yo torpe, malicioso y zambo de cuerpo y alma.

«Me duele mucho... El calor... el ruido...»

En aquel momento llamaban al autor, que no era San Lucas.

«Pues vámonos» — dijo Irene.

Fué preciso hacer creer á las niñas que se había acabado todo. Pero Belica, la mayor, estaba bien enterada del programa y nos decía muy afligida: «Si falta la degollación...»

Irene las convenció de que no faltaba nada, y salimos.

«Le pondré á usted paños de agua sedativa» — me dijo la profesora al atravesar la calle de Santa Agueda.

¡Me pondría paños! Al oirla me pareció, no ya perfecta, sino puramente ideal, hermana ó sobrina de los ángeles que asisten en el cielo á los santos achacosos y les dan el brazo para andar, y vendan y curan á los que fueron mártires, cuando se les recrudecen sus heridas.

«El agua sedativa no me hace bien. Veremos si puedo dormir un poco.

— ¿Se va usted á su casa?

—No; me echaré en el sofá del despacho de José María.»

Y así lo hice. Muy entrada la noche, cuando desperté y me dieron una taza de te, y despejada la cabeza, sentí vivos deseos de ver á Irene, pero no me atreví á preguntar por ella. Al salir para retirarme á mi casa, doña Jesusa, como si adivinara mi pensamiento, me dijo:

«Esa niña, esa Irenita vale un Perú. ¡Es más buena...! Hasta hace un rato ha estado cosiendo. Ya se encerró en su cuarto. ¿Pero creerá usted que duerme? Está leyendo acostada.»

Al pasar vi claridad en el montante de la puerta. ¡Luz en su cuarto! ¿Qué leería?

XV

¿Qué leería?

Este fué el objeto de mis profundas cavilaciones en el tiempo que tardé en llegar á mi casa, y aún me persiguió aquel enigma hasta que me dormí, después de leer yo también un rato. ¿Y cuál fué mi lectura? Abrí no sé qué libros de mi más ardiente devoción, y me harté de poesía y de idealidad.

Al despertar volví á preguntarme: «¿Qué leería?» Y en clase, cuando explicaba mi lección, veía por entre las cláusulas y pensamientos de ésta, como se ve la luz por entre las mallas de un tamiz, la cuestión de lo que Irene leía.

Cumplidos mis deberes profesionales, fui á almorzar á casa de mi hermano; y ved aquí cómo llegó á serme agradable aquella mansión que al principio tantas antipatías despertaba en mí, por el trastorno que sus habitantes habían causado en mis costumbres. Pero yo empezaba á formarme una segunda rutina de vida, acomodándome al medio local y atmosférico; que es ley que el mundo sea nuestro molde y no nuestra hechura.

Favorecía mis visitas á la casa del hermano su proximidad á la mía, pues en seis minutos y con sólo quinientos sesenta pasos salvaba la distancia, por un itinerario que parecía camino celestial, formado de las calles del Espíritu Santo, Corredera de San Pablo y calles de San Joaquín, San Mateo y San Lorenzo. Esto era pa-

searse por las páginas del *Año Cristiano*. ¡Y la casa me parecía tan bonita, con sus nueve balcones de antepecho corrido que semejaban pentagrama de música! ¡Y eran tan interesantes la tienda, muestra y escaparates del estuquista que habitaba en el piso bajo...! La gran escalera blanquecina me acogía con paternal agasajo, y al entrar me recibía el huésped eterno y fijo de la casa, un fuerte olor de café retinto, que se asociaba entonces á todas las imágenes, ideas y sucesos de la familia, y aun hoy viene á formar en el fondo de mi memoria, siempre que repite aquellos días, como un ambiente sensorio que envuelve y perfuma mis recuerdos.

El primero que aparecía ante mí era Rupertico haciendo cabriolas, besándome la mano y llamándome *Taita*. Aquel día me dijo:

«Mi ama Lica, se ha levantado hoy.»

Entré á verla. Allí estaba doña Cándida, hecha un caramelo de amabilidad, atendiendo á Lica, arreglándole las almohadas en el sillón, cerrando las puertas para que no le diera aire, y al mismo tiempo poniendo sus cinco sentidos en la criatura y en el ama. Las reglas y preceptos que Calígula dictaba á cada momento para que el niño y la nodriza no sufrieran el menor percance, llenarían tantos volúmenes como la *Novísima Recopilación*. Ella había buscado el ama y la había vestido, poniéndole más galones que á un féretro, collares rojos y todo lo demás que constituye el traje de pasiega; ella le había marcado el régimen y regulaba las hartazgas que tomaba aquella humana vaca, de cuya voracidad no puede darse idea. Ella corría con todo lo de ropitas, fajas y abrigos para mi tierno ahijado...

«Tiene toda la cara de tu madre—me decía—, y éste se me figura que va á ser un sabio como tú. ¿Pero has visto cosa más rica que este ángel?»

A mí me parecía bastante feo. Tenía por nariz la trompeta que es característica de todos los Mansos, y un aire de mal humor, un gesto avinagrado, un mohín tan displicente, que me le figuraba echando pestes de los fastidiosos obsequios de doña Cándida.

Ésta se multiplicaba para atender á todo; y como al muchacho se le ocurriese dar uno de esos estornudos de pájaro que dan los niños, ya estaba mi cínife con las manos en la cabeza, cerrando puertas y riñéndonos porque decía que hacíamos aire al pasar. Cuando Maximín bostezaba abriendo su desmedida boca sin dientes, al punto gritaba ella: «¡Ama, la teta, la teta!»

Era el ama rolliza y montaraz, grande y hombruna, de color atezado, ojos grandes y terroríficos, que miraban absortos á las personas como si nunca hubieran visto más que animales. Se asombraba de todo, se expresaba con un como ladrido entre vascuence y castellano que sólo mi cínife entendía, y si algo revelaba su ruda carátula era la astucia y desconfianza del salvaje. Cuando, obediente á la consigna de doña Cándida, tomaba al chiquillo para alimentarle y se sacaba del pecho con dificultad un enorme zurrón negro, creía yo que aquello iba á sonar como las gaitas de mi país. Lica estaba muy contenta del ama, y cuando ésta no podía oírlo, decía doña Cándida, radiante de orgullo:

«No hay mujer como ésta, no la hay... Le digo á usted, Lica, que ha sido una adquisición... ¡Gracias á mí, que la he buscado como pan bendito!... Hija, estas gangas no se encuentran á la

vuelta de la esquina. ¡Qué leche más rica! ¡Y qué formalota!... una cosa atroz, ¿ha visto usted? No dice esta boca es mía.»

Débil, más indolente que nunca, pero risueña y feliz, mi cuñada manifestaba su gratitud con expresiones cariñosas, y Calígula le decía:

«¡Qué bien está usted!... ¡Qué bonito color! Vamos, está usted muy mona.»

Y Lica me dijo, como siempre:

«Máximo, cuéntame cosas.

— ¿Qué cosas ha de contar este sosón? — zumbó mi cínife con humor picaresco —. Que empiece á echar filosofías, y nos dormimos todas.»

A pesar de esta sátira, yo contaba cosas á Lica, le hablaba de teatros, actualidades y de las noticias de Cuba.

La peinadora entró á peinar á Chita, que, mientras le arreglaban el pelo, me obligó á darle cuenta de todas las funciones que en la última quincena se habían dado en los teatros. Yo, que no había ido á ninguna, le decía lo que se me antojaba. Lo mismo Chita que mi cuñada tenían pasión por los dramas y horror á la música y á las comedias de costumbres. Para ellas no había goce en ningún espectáculo si no veían brillar espadas y lanzas, y si no salían los actores muy bien cargados de barbas y vestidos de verde, ó forrados de hojalata imitando armaduras. Odian la llaneza de la prosa, y se dormían cuando los actores no declamaban cortando la frase con hipos y el sonajeo de las rimas. Compraba Chita todos los dramas del moderno repertorio, y ambas hermanas los leían con deleite entre sorbos de café. Después se les veía esparcidos sobre la chimenea y el velador, en las banquetas ó en el

suelo, á veces enteros, otras partidos en actos ó en escenas, cada pliego por su lado, revuelta la catástrofe con la prótasis y la anagnórisis con la peripecia. Aquel día, además del desbarajuste dramático, observé en el gabinete los desórdenes que, por ser cotidianos, no me llamaban ya la atención. Sobre mesillas y taburetes se veían las tazas de café, unas sucias, mostrando el sedimento de azúcar, otras á medio beber y frías como el hielo; sobre tal silla un sombrero de señora; un abrigo en el suelo; sobre la chimenea una bota; el devocionario encima de un plato y cucharillas de café dentro de un florero de porcelana.

El gabinete estaba adornado aprisa y por contrata, con objetos ricos y al mismo tiempo vulgares, pagados al doble de su natural. Doña Cándida se había encargado del cortinaje y de varias chucherías que sobre la chimenea estaban, ofreciéndolas como una de esas gangas que rara vez se presentan. Un día que yo no estaba allí, acudió (creo que llevado también por Calígula) un mercader de objetos de arte, y supo endosarle á Lica media docena de cuadros sin mérito, que á todos los de la casa parecieron admirables por el rabioso y brillante color de los trajes, pintados con cierta habilidad. Había un reloj de música que á cada hora soltaba una tocata; pero á los ocho días se plantó, y no hubo forma humana de que tocase más ni de que diese hora. Y como los demás relojes de la casa marchaban en espantosa anarquía, allí no se tenía nunca datos del tiempo, y había huelga de horas é insurrección de minutos.

«Máximo, ¿qué hora es?... Chinito, llégate á ver qué hace José María. No le he visto hoy.

Todita la mañana ha estado en el despacho con Sáinz del Bardal. Verdad que es hoy correo de Cuba. Pero ya debe ser hora de almorzar.»

En el despacho encontré á José María atareadísimo con el correo de Cuba. Ayudábale Sáinz del Bardal, y entre los dos tenían escritas ya cantidad de cartas bastante á cargar un vapor correo.

«Ya sabes — me dijo mi hermano — que creo tener segura mi elección en uno de los distritos de la isla que están vacantes. El Ministro se ha empeñado en ello. Me tiene verdaderamente acosado. Yo, ¿qué he de hacer?... Luego, de allá me escriben... Mira todas las cartas de Sagua; entérate... Dicen que sólo yo les inspiro confianza... Estoy verdaderamente agradecido á estos señores... Querido Sáinz, descansen usted, y vámonos á almorzar. Ea, camaradas, á la mesa.»

Almorzamos. Tan afanado estaba José María con su elección y con la política, que ni en la mesa descansaba, y apoyando el periódico en una copa, leía, como á bocados y á sorbos, la sesión del día anterior.

«Ese Cimarra — manifestó en su respiro — es hombre verdaderamente notable. Dicen que es inmoral... Mira, tú; yo no quiero meterme en la vida privada, ¿eh? En la pública, Cimarra es verdaderamente activo, hábil, muy amigo de sus amigos. Anoche estuvimos hasta las dos en el despacho del Ministro... Y ahora que me acuerdo, hablamos de ti. Ya es hora de que pases á una cátedra de Universidad, y bien podría ser que dentro de algún tiempo te calzaras la Dirección de Instrucción pública... Ea, ea, no vengas con modestias ridículas. Eres verdaderamente

una calamidad. Con ese genio nunca saldrás de tu pasito corto.»

Y cuando mi hermano volvía á engolfarse en la lectura del periódico, que era uno de los del partido, el poeta me tomaba por su cuenta, para comunicarme, sin dejar de engullir, los progresos de la Sociedad filantrópica, de que era secretario. Ya había dado dictamen una de las Comisiones. Los debates serían reñidísimos. Había voto particular, y los pareceres de los vocales estaban muy divididos. Se trataba de un problema muy importante, sin cuya aclaración no tenía la Sociedad fundamento sólido en que apoyarse; se trataba de establecer el grado de eficacia que podría alcanzar la campaña filantrópica, mientras no variasen las actuales relaciones entre el capital y el trabajo, y no hubiese una disposición legislativa que de una vez para siempre...

El condenado quería hacerme un resumen del dictamen, pero yo le corté la palabra; temía que me hiciera daño el almuerzo. Volvimos al despacho. Sáinz del Bardal, que se había prestado á ser secretario de su protector, continuó escribiendo cartas, y José María, mientras fumaba, me dejó ver con más claridad las ambiciones y vanidades que se habían despertado en él. Aunque hacía alarde de sencillez y retraimiento, bien se le conocía su anhelo de notoriedad política. ¡Bendito José! Me le figuraba en primera línea y á la cabeza de un partido, fracción ó grupillo, que se llamaría de los *Mansistas*. Cuando yo así lo decía, él reía á carcajadas, demostrándome, al través de su jovialidad, el gusto que esta suposición le causaba.

«Todo me lo dan hecho — dijo —; yo no me

nuevo, yo no pido nada... Pero se empeñan... Es verdaderamente honroso para mí, y estoy verdaderamente agradecido... Anoche recibí un besalamano del Ministro... Ese señor no me deja á sol ni sombra... Yo no busco á nadie; me buscan. Yo quiero estar metido en mi casa, y no me dejan.»

Estos alardes de modestia eran un nuevo síntoma de la intoxicación política que empezaba á padecer José, pues es muy propio de los ambiciosos hacer el papel de que no buscan, ni piden, ni quieren salir de las cuatro paredes, y siempre dan, como explicación de sus intrigas, la disculpa de que se les solicita y obliga á ser grandes hombres contra su voluntad. Con este síntoma notaba yo en mi hermano el no menos claro de usar constantemente ciertas formulillas y modos de decir de los políticos. La facilidad con que se había asimilado estos dicharachos, probaba su vocación. Decía: «*Estamos á ver venir; los señores que se sientan en aquellos bancos; esto se va; lo primero es hacer país; hay mar de fondo; las minorías tiran á dar*», etc. Llamaba cogida á los fracasos parlamentarios de un orador, y *enchiquerado* al ministro que estaba bajo la amenaza de una interpelación grave. Nuestro Congreso, que tan alto está en la oratoria, tiene también su estilo flamenco. A mi neófito no se le escapaba tampoco ninguno de los profundos apotegmas que son la única muestra intelectual de muchas celebridades, como por ejemplo: «*Las cosas caen del lado á que se inclinan.*»

En sus costumbres no se advertía menos su conversión rápida á un nuevo orden de ideas y de vida. Ya la pobre Lica había empezado á quejarse de las largas ausencias de su marido, el

cual, siempre que no tenía convidados, comía fuera de casa, y entraba á las dos de la noche. Se había vuelto un si es no es áspero y gruñón dentro de casa, y exigentísimo en todo lo referente á menudencias sociales y al aparato doméstico. El menor descuido de la servidumbre traía sobre Lica agrias amonestaciones; y no digo nada de los malísimos ratos que sufrió la pobrecita para corregirse de su rusticidad y olvidar todas las palabras de la tierra, y no hablar ni pensar más que á la europea. Dócil y aplicada, la infeliz ponía tanta atención á las fraternas de su marido, que logró reformar sus modales y lenguaje, y ya no llamaba *túnico* al vestido, ni á las enaguas *sayuelas*, ni al polisón *bullerengue*. Por este mismo tiempo empezó á restituirse la dicción castellana en los nombres de todos, y ya no se le decía Lica, sino Manuela, y su hermana fué Mercedes, y la niña mayor, que se nombraba Isabel, como mi madre, no se llamó más Belica. Sólo la niña Chucha era refractaria á estas novedades, y no respondía cuando la llamaban doña Jesusa, porque dejar su lengua — decía — era arrojar á las calles de Madrid lo último que le quedaba de su querida patria.

Y aquella misma mañana observé en el despacho otros indicios de demencia que me dieron mucha tristeza, porque ya no me quedaba duda de que el mal de José María era fulminante y de que pronto se perdería la esperanza de su remedio. Sobre la mesa había muestras de garabatos heráldicos hechos en distintos colores. Esto, unido á ciertos rumores que habían llegado á mí y á las tonterías que escribió un revisero de periódico, confirmó mis sospechas, y no pudiendo resistir la curiosidad, pregunté:

«¿Pero es cierto que vas á titularte?
— Yo no sé... si he de decirte la verdad... estas cosas me fastidian... — repuso algo turbado —. Es empeño de ellos, yo me resisto. Luego, los del partido... lo han tomado como asunto propio... Es verdaderamente una tontería, ¿pero cómo les voy á decir que no? Sería verdaderamente ridículo... ¡Si me hicieras el favor de no quitarme el tiempo, camarada! Estamos verdaderamente sofocados con este dichoso correo de Cuba.»

Dejéle con sus cartas y su poeta-secretario. Pronto sería yo hermano de un marqués de Casa-Manso ó cosa tal. En verdad, esto me era de todo punto indiferente, y no debía preocuparme de semejante cosa; pero pensaba en ella porque venía á confirmar el diagnóstico que hice de la creciente locura de mi hermano. Lo del título era un fenómeno infalible en el proceso psicológico, en la evolución mental de sus vanidades. José reproducía en su desenvolvimiento personal la serie de fenómenos generales que caracterizan á estas oligarquías eclécticas, producto de un estado de crisis intelectual y política que eslabona el mundo destruido con el que se está elaborando. Es curioso estudiar la filosofía de la historia en el individuo, en el corpúsculo, en la célula. Como las ciencias naturales, aquélla exige también el uso del microscopio.

Indudablemente, estas democracias blasonadas; estas monarquías de transacción sostenidas en el cabello de un artificio legal; este sistema de responsabilidades y de poderes, colocado sobre una cuerda floja y sostenido á fuerza de balancines retóricos; esta sociedad que despeda-

za la aristocracia antigua y crea otra nueva con hombres que han pasado su juventud detrás de un mostrador; estos Estados latinos que respiran á pulmón lleno el aire de la igualdad, llevando este principio no sólo á las leyes, sino á la formación de los ejércitos más formidables que ha visto el mundo; estos días que vemos y en los cuales actuamos, siendo todos víctimas de resabios tiránicos y al mismo tiempo señores de algo, partícipes de una soberanía que lentamente se nos infiltra, todo, en fin, reclama y quizás anuncia un paso ó transformación, que será la más grande que ha visto la Historia. Mi hermano, que había fregado platos, liado cigarrillos, azotado negros, vendido sombreros y zapatos, racionado tropas y traficado en estiércoles, iba á entrar en esa escogida falange de próceres, que son como la imagen del poder histórico inamovible y como su garantía de permanencia y solidez. Digamos con el otro: «O el Universo se desquicia, ó el Hijo de Dios perece.»

Pensando en estas cosas fuí al cuarto de Irene, y todo lo olvidé desde que la vi. Sin oír su respuesta á mi primer saludo, le pregunté:

XVI

¿Qué leía usted anoche?

Y como quien ve descubierto un secreto querido, se turbó, no supo responder, vaciló un momento, dijo dos ó tres frases evasivas, y á su vez me preguntó no sé qué cosa. Interpreté su

turbación de un modo favorable á mi persona, y me dije: «Quizás leería algo mío.» Pero al punto pensé que no habiendo yo escrito ninguna obra de entretenimiento, si algo mío leía, había de ser, ó la *Memoria sobre la psicogenesis y la neurosis*, ó los *Comentarios á Du Bois-Raymond*, ó la *Traducción de Wundt*, ó quizás los artículos refutando el *Transformismo* y las locuras de Hæckel. Precisamente la aridez de estas materias venía á dar una sutil explicación al rubor y disgusto que noté en el rostro de mi amiga, porque, «sin duda — calculé yo — no ha querido decirme que leía estas cosas por no aparecer ante mí como pedantesca ó marisabidilla».

Las dos niñas corrieron hacia mí. Eran monísimas, se llamaban mis novias y se disputaban mis besos. Pepito también corrió saltando á mi encuentro. Sólo tenía tres años, aun no estudiaba nada, y le tenían allí para que estuviera sujeto y no alborotase en la casa. Era un gracioso animalito que no pensaba más que en comer, y luchaba por la existencia de una manera furibunda. Cuando le preguntaban qué carrera quería seguir, respondía que la de confitero. Isabelita y Jesusita eran muy juiciosas; estudiaban sus lecciones con amor y hacían sus palotes con ese esfuerzo infantil que pone en ejercicio los músculos de la boca y de los ojos.

La habitación de estudio era la única de la casa en que había orden, y al propio tiempo la menos clara, pues siempre se encendía luz en ella á las tres de la tarde. ¡Qué hermoso tinte de poesía y de serenidad marmórea tomabas á mis ojos, maestra pálida, á la compuesta luz de la llama y de la claridad expirante del día! Por ti salía mi espíritu de su normal centro para lan-